

APUNTES SOBRE LA VIDA Y ESCRITOS DE FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, OBISPO DE CHIAPAS

José Arias Miranda*

I.

[...] La envidia, el miedo y el odio son malos historiadores, y estas tres pasiones se habían apoderado del ánimo de los extranjeros en la época en que los españoles, con sus proezas, estaban excitando la admiración del universo. [...] Pues cuando más solícitos andaban los extranjeros buscando armas mortíferas con que herir a los españoles, armas de mejor temple que las ruines que ellos forjaban, cuyos cortes embotados a fuerza de usarlos ya no causaban lesiones, hete aquí que se presenta en la escena fray Bartolomé de las Casas. [...]

La ocasión, ya se ve, no podía venirles mejor. Un autor español y eclesiástico, después fraile y últimamente obispo, despachado en el lenguaje, de conducta acrisolada, aunque le atribuyan vicios los que vivieron cerca de él, eran cualidades sin precio para que las desperdiciasen los que a toda costa querían denigrar la obra magnífica a que estaban dando gloriosa cima los hijos de Iberia. [...]

Extremáronse más que ninguno en semejante ocupación los franceses, que, como más resentidos, y de cerca amenazados, desplegaban mayor dosis de irascibilidad contra nosotros.

[...] El escalpelo de la crítica llegó a penetrar en el corazón de los escritos del dominicano Las Casas, que no pudieron aguantar la prueba siquiera del primer reconocimiento sin mostrar a las claras que su composición era un tejido de declamaciones *ad libitum*, de rasgos de fantasía fruto de animosidades concentradas y de un celo extraviado, viniendo en consecuencia a decidirse en último término que sus asertos no debían ser admitidos sino con todas las precauciones de costumbre entre escritores de conciencia, cuando hay resolución sincera de encontrar la verdad entre el follaje de las invenciones. [...]

Respecto a su biografía, sabido es que nació en Sevilla, y habiendo cursado en Salamanca, pasó a las Antillas a poco de haberse descubierto; que allí se ordenó sacerdote, que al cabo de años centró en la religión dominicana, que fue después obispo de Chiapas, que se retiró a España y que por fin falleció en el convento de Atocha de Madrid a los noventa y dos años de edad. En un principio, aunque tenía ya las órdenes sagradas, poseyó indios en encomienda y se dedicó asiduamente a tratos y granjerías, cuando de repente, mudando de parecer, dio de mano a las especulaciones para consagrarse enteramente a su ministerio, pero con la particularidad, que debe notarse,

* Arias Miranda, José, «Apuntes sobre la vida y escritos de fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapas», *La América*, VI, núm. 4 (24 de abril de 1862), pp. 3-4.
<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002238430&search=&lang=es>

de que al hacerlo formó decidido empeño en que todos los españoles avecindados en las islas, contándose por miles, habían de seguir su ejemplo en cuanto a abandonar sus establecimientos y, dando por desierto lo que tenían adquirido, marcharse con sus familias a otro país que no fuese el de América. Fundaba tan peregrina pretensión en los principios más genuinos de la escuela ultramontana, que eran los que, por convencimiento o por sistema, mantuvo siempre profundamente arraigados en su corazón. Ceñido estrictamente a ellos con inquebrantable tesón, sostenía que el Papa, como vicario de Cristo en la Tierra, gozaba de la supremacía universal *super fideles et infideles*, y era la única potestad a quien incumbía conceder o negar la facultad a los príncipes en calidad de comisarios suyos para hacer conquistas en las naciones idólatras. Sentada esta premisa, sacaba la consecuencia que, habiendo los españoles invadido los países trasfretanos sin previa autorización de la Silla Apostólica, careciendo por ello de buena fe y justo título, eran *ipso facto* írritas y nulas todas sus adquisiciones, estando por tanto obligados en conciencia a soltarlas de la mano como cosa mal habida y a desocupar incontinenti el país, a no ser que obtuviesen permiso especial de los régulos y caciques para permanecer en él.

Tenemos, pues, aquí la clave de las infinitas reyertas y perdurables altercados que Las Casas mantuvo no solo con la población colonial como generalmente se cree, sino con teólogos y juristas, con eclesiásticos, con autoridades, con corporaciones, con todo el que tropezaba fuese el que fuese, [...] tenía capacidad y bastante lectura para lanzar al público unos tras otros repetidos opúsculos recargados de erudición escolástica como arma de propaganda.

Entre ellos descuella en primer término el que intituló *Brevísima relación de la destrucción de la Indias*, epílogo de monstruosidades, centón de cuantos despropósitos es capaz una imaginación delirante. [...]

Después que la sana crítica puso un saludable correctivo a los cánticos triunfales dedicados a Las Casas, díjose por sus complacientes admiradores, y por otros que sin serlo les seguían cándidamente, que si bien sus publicaciones abundan en pasajes improbables y en sus relatos se advierten contradicciones y exceso de vehemencia, esto era solo cuando hablaba por boca de otros y se refería a lo que le habían contado, pues era crédulo en demasía; pero que en todo lo que podía comprobar por sí mismo, se mostraba exacto y puntual. [...]

Píntase a Las Casas como objeto de persecuciones y malos tratos y como hombre de condición mansa que todo lo sufría por amor de Dios, mas, recorriendo su vida desde el principio al fin, sacamos que tan al revés fue todo que las persecuciones y actos provocativos partieron siempre de él; que predicó lo que quiso, que escribió cuanto le dio la gana y que el Gobierno o la Inquisición oprimieron a sus contrarios y a él le dieron carta blanca para estrellarse con las autoridades y con las personas más respetables. Turbulento y desasosegado, excitó motines y cismas dondequiera que se halló y dirigió insultos atroces a los que trataron de contenerlo, sin haber sido perseguido por nadie una vez siquiera. Con persona nacida se llevó a bien, trató crudamente a sus mayores amigos y a muchos de los que había alabado como buenos. En uno de los viajes que hizo a España, recabó del cardenal Cisneros, a la sazón gobernador del reino, que fuesen a gobernar a Santo Domingo tres monjes jerónimos, que a propuesta

del mismo Las Casas salieron del convento de Lupiana. Cuantos escribieron de América, así españoles como extranjeros, ponderan el tino y rectitud con que desempeñaron su comisión estos religiosos; pero su conducta no los libró de que el mismo que los había escogido los ultrajara en público, llamando desde el púlpito *ladrones y homicidas* a los jueces de la isla. [...]

A ruegos suyos se estableció una audiencia en Panamá y él propuso también los ministros que habían de componerla. Nombró para presidirla al licenciado Maldonado, íntimo amigo suyo; pero habiéndose presentado él en persona con las exigencias de costumbre, no accediendo el tribunal, insultó al presidente a presencia de sus colegas y del público en la sala donde daban audiencia. Presentáronle para la mitra de Chiapas los consejeros flamencos de Carlos V, con quienes mantuvo siempre la mayor intimidad, y, apenas tomada posesión, alteró el orden en la ciudad y en la diócesis suscitó conmociones que no cesaron un momento mientras el prelado permaneció allí. Pasa a México y en el acto promueve controversia y altercados con los demás diocesanos que se habían reunido en concilio, corta toda relación con el virrey don Antonio de Mendoza, varón de altas prendas a quien había otras veces llenado de elogios, a título de estar excomulgado. Trabaja en España por que se formen las que se llamaron *nuevas ordenanzas*, élígrese a su instancia para plantearlas en el Perú a Blasco Núñez Vela en clase de virrey, y todo aquel vasto Imperio se convierte en un campo de sangre y de crímenes por seguir los consejos del padre Las Casas. [...]